

formar con ellas en su alma, por decirlo así, la miel de la perfección.

Sobre la caridad. — Decía: « Nuestra vida y nuestra muerte espiritual dependen en algún modo de nuestro prójimo. Si le ganamos para Dios, ganamos á Dios mismo; si, por el contrario, le escandalizamos, pecamos contra Jesucristo ».

Un hermano le dijo: Padre mío, rogad á Dios por mí; y él le respondió: « Yo no puedo interesarme por ti, ni Dios mismo lo hará, si, de tu parte, no te interesas en tu propio bien y no lo pides al Señor ».

Finalmente decía: Conservaos siempre en el temor del Señor; acordaos que él es quien mortifica y vivifica; aborreced al mundo y todo lo que es del mundo; renunciad á esta vida para no vivir sino en Dios; no olvidéis jamás lo que le habeis prometido porque os pedirá cuenta de ello; sufrid voluntariamente el hambre, la sed, la desnudez; velad, orad, llorad, suspirad, gemid en vuestro corazón; examinad sin cesar para conocer si sois dignos de Dios; despreciad la carne á fin de salvar vuestra alma. »

A más de estos diferentes apotegmas citados por Rufino, Pelagio, Casiano y otros, tenemos en la *Colección de Reglas*, hecha por San Benito de Aniano, que vivía en 820, una regla que lleva el nombre de San Antonio y que está dirigida á los religiosos del monasterio de Nacalon. Contiene esta preceptos de moral y algunas observancias monásticas.

El Santo recomienda en ella á los religiosos: 1º que no se relajen jamás en la oración y que la hagan exactamente en las horas prescritas; 2º que se ejerciten en la santa compunción y dolor de sus culpas; 3º que se conserven retirados en sus celdas y se ocupen en ellas ó en trabajos manuales ó en orar y en meditar los salmos; 4º que hagan de noche su oración antes de ir á la Iglesia; 5º que eviten

las Iglesias en que hubiere mucho concurso de gente, que no frecuenten los seglares, ni vayan solos á la ciudad cuando se vean obligados á ir á ella; 6º que no coman antes de la hora de nona, exceptuando el sábado y domingo; que ayunen rigurosamente los miércoles y viernes sin jamás dispensarse de ello, á menos de enfermedad considerable y que jamás coman carne; 7º que sean sóbrios en la comida, orando antes y después de ella; que no asistan á festines; que duerman poco; que no se quiten la túnica ni la capilla de día ni de noche; 8º que se apliquen continuamente á la mortificación y á adquirir la humildad; y para esto que no se den pena de pedir perdón cuando se ha faltado; 9º que no sostengan con altanería su opinión ni se crean más hábiles que los demás; que no disputen, que no reprochen á nadie, y mucho menos á los que están en pena y aflicción; que visiten á los enfermos del monasterio y les socorran con caridad; que reciban á los hermanos con un rostro alegre y grande afición de corazón; 10º que vistan con sencillez, contentándose con lo necesario, que no amen la ostentación, que sean modestos y recogidos sobre todo en la mesa y en los viajes y, cuando vayan muchos juntos, se mantengan algún tanto separados unos de otros, para mejor guardar el silencio, meditando entonces los salmos ó haciendo alguna oración, y no dejando divagar su vista de una parte á otra. Finalmente que amen el trabajo, que no murmuren al hacerlo, que aprendan de los antiguos la conducta que debe observarse y que no emprendan nada sin el parecer del superior del monasterio.

Seríamos demasiado largos si quisiéramos añadir aquí los extractos de sus cartas. Bastará observar, según relación de San Jerónimo, que había escrito siete en lengua egipcia á diversos monasterios, las cuales este santo doctor asegura que eran de un sentido y de un estilo apostólicos, y

que la principal de ellas estaba dirigida à los solitarios de Arsinoé. Estas cartas fueron traducidas al griego, y son aparentemente las mismas que se encuentran traducidas al latin en el tomo 4º de la *Biblioteca de los Padres*.

Como ya dijimos al principio de este capítulo, los discípulos de San Antonio llenaron los desiertos¹. Los unos, dice Sozomeno, florecieron en el Egipto y la Libia; los otros en la Palestina, Siria y Arabia. »

Se les puede dividir en tres clases: los que moraban cerca de él en la Tebaida y que vivian ordinariamente bajo su direccion, de los cuales los más conocidos fueron Sármato, Amato, Macario, Isaac, Pelusiano, Pitirion, José, Pafnucio, pero sobre todo San Pablo por sobrenombre el Simple; los que estaban esparramados por el resto de Egipto y principalmente en los desiertos de Nitria y de Sceté (Ruf. Hist. Ecc. les., 1, 2), tales como los dos célebres Macarios el Egipcio y el Alejandrino, Isidoro, Heraclides, Pambo, Pior, Nisteron, etc.; y finalmente los que se habian retirado fuera de Egipto, entre los cuales se cuenta principalmente al gran San Hilarion. Además, no habia en su tiempo personage alguno eminente en santidad en los desiertos, con el cual no estuviese él unido con los lazos de una estrecha caridad y principalmente con los de Tabennes. En otra parte hablaremos de aquellos discípulos suyos que moraban fuera de la Tebaida. En cuanto à los otros, si se exceptua à San Pablo el Simple, la historia no nos ha conservado casi más que sus nombres.

Lo que sabemos de Sármato es que moraba en el monasterio de Pispir y que, despues de la muerte del Santo, los Sarracenos, habiendo hecho una irrupcion à este monasterio, le hicieron morir.

Se atribuye à él esta bella sentencia: « Aprecio mucho

¹ « El patriarca, en su larga carrera, vió quizás hasta cien mil de ellos. » Cesar Cantú.



que la principal de ellas estaba dirigida a los asirios de Arsinoé. Estas cartas fueron traducidas al griego, y aparentemente las mismas que se encuentran traducidas al latín en el tomo 4.º de la *Biblioteca de los Padres*.

Como ya dijimos al principio de este capítulo, los discípulos de San Antonio llenaron los desiertos. Los dice Sozomeno, florecieron en el Egipto y la Libia, otros en la Palestina, Siria y Arabia. »

Se les puede dividir en tres clases: los que moraban de él en la Tebaida y que vivían ordinariamente bajo ración. De los cuales los más conocidos fueron San Antonio, Macario, Isaac, Pelagiano, Pitirion, Josef, etc., pero sobre todo San Pablo por sobrenombre el Silencioso, los que estaban esparramados por el resto de Egipto y principalmente en los desiertos de Nitria y de Scete. Hist. Ecc. les., 1, 2), tales como los dos célebres Macario Egipto y el Alejandrino, Isidoro, Heraclides, Paphnutio, Pior, Nisteron, etc.; y finalmente los que se habían retirado fuera de Egipto, entre los cuales se cuenta primeramente al gran San Hilarión. Además, no había en su tiempo personaje alguno eminente en santidad en los desiertos, sino el cual no estuviese el unido con los lazos de una gran ciudad y especialmente con las de Tabennes. En esta parte habitaron los santos discípulos suyos que se retiraron a los desiertos. Se cuenta a los otros, si se quiere, a San Panteón, San Panteón, San Panteón, etc., etc.

En el año 340, el emperador Constantino el Grande, que se había convertido al cristianismo, escribió una carta a los obispos de Egipto, en la que les recomendaba que se ocuparan de la instrucción de los monjes que se retiraban a los desiertos. En esta carta se ve que el emperador tenía una gran idea de la importancia de la vida monástica en el cristianismo.

En el año 380, el papa Gregorio el Grande escribió una carta a los obispos de Egipto, en la que les recomendaba que se ocuparan de la instrucción de los monjes que se retiraban a los desiertos. En esta carta se ve que el papa tenía una gran idea de la importancia de la vida monástica en el cristianismo.

Tome 1.



Cerami. Grav.

Imp. G. Chouder auct. Paris.

Saint Jean d'Egypte.
San Juan de Egipto.

más á un pecador que se reconoce por tal y que abraza la penitencia, que á un hombre que, no habiendo cometido grandes faltas, se creyese sin embargo justo. » Su nombre se halla en el Martirologio (Carm. 16), como el de un santo martir, en 11 de octubre, y San Sidonio le cuenta entre los solitarios que se hicieron ilustres por la austeridad de su vida.

Macario, que es diferente de los otros dos santos del mismo nombre, el Egipcio y el Alejandrino, moró en la Tebaida hasta el fin de sus dias. Era ecónomo del monasterio de Pispir, y tenia el cargo de recibir en él á los extranjeros. A él era, á quien San Antonio, al llegar al monasterio, preguntaba si los que habian venido para hablarle eran Egipcios ó Hierosolimitanos. Pronto abandonó esta casa para retirarse del todo á la montaña del Santo, á fin de servirle en su extrema vejez. Tuvo á Amato por compañero en este ejercicio de caridad y recogió con él las últimas palabras y el testamento espiritual de tan excelente maestro, a cuyo cuerpo dió sepultura. De él, ó de Sármató (Hier. v. 8 Pauli, poem), aprendió San Atanasio una parte de las acciones del Santo, y San Jerónimo aprendió la historia de San Pablo ermitaño; porque él le cita por testigo de la verdad de esta historia. Asi que no hay lugar á dudar que estos fueron los que iban delante de San Antonio cuando volvia de la visita de San Pablo y que le preguntaron con empeño en dónde habia permanecido tanto tiempo. Este hace ver que Macario vivia todavia en tiempo de San Jerónimo. No terminó sus dias en la montaña donde el Santo murió; sino que despues que Sármatóhubo sido muerto en el monasterio de Pispir y los Sarracenos se hubieron retirado, fué á él para encargarse de la direccion de los solitarios, si hay que dar crédito á las Actas de San Póstumo que le sucedió en este gobierno.

Amato, á quien Rufino llama Ammon, y Paladio, Am-

monas, no debe ser confundido con algunos otros del mismo nombre, de los que hablaremos despues del artículo de San Ammon, padre de los solitarios de Nitria. Él era, como acabamos de decir, compañero y condiscípulo de Macario, bajo la conducta de San Antonio. Rufino dice que era un hombre de una virtud muy grande y que habia sucedido dignamente á su padre espiritual en su montaña, en la que gobernaba á un gran número de solitarios que moraban en grutas. Dice que esta montaña era tan escarpada y que su roca era tan recta y elevada que no la podia mirar sin horror: y añade que ella dominaba el rio. Paladio habla de la misma en iguales términos; y parece que esto deberia entenderse de la montaña de Pispir, puesto que la de San Antonio estaba apartada del Nilo unas doce leguas. Pero mejor es creer con Bolando que es la misma montaña de San Antonio. Y si se dice que aquella dominaba el Nilo, es porque podia facilmente descubrirse desde el Nilo á causa de su elevacion.

Asi que se habian formado dos cuerpos de comunidades de solitarios: el uno en Pispir y en sus contornos, hasta las cercanias de la montaña de San Antonio, y estos solitarios estaban gobernados por Macario, al cual se dice que sucedió Póstumo; el otro estaba en la misma montaña de San Antonio, y quizás se extendia hasta la llanura del lado del mar Rojo, bajo la conducta de Amato. Pero estas dos comunidades no tenian más que un mismo espíritu, porque sus superiores habian sido formados por el mismo maestro.

Pitirion sucedió á Amato. Jué discípulo suyo despues de haberlo sido de San Antonio. Rufino habla de él en estos términos: Estaba lleno de tantas virtudes, curaba á tantos enfermos y tenia un imperio tan grande sobre los demonios, que parecia haber heredado él solo el mérito de estos dos hombres tan admirables. Sus instrucciones estaban

llenas de maravillosa doctrina. » No comia sino dos veces á la semana y solamente un poco de cocido hecho con harina. Este era el único alimento que su edad avanzada y la costumbre que del mismo se habia hecho, le permitian usar. La experiencia que tenia de las cosas espirituales, y sobre todo, de los combates contra las sugerencias de los demonios, le habia dado un gran discernimiento de los espíritus malignos y de sus diferentes malicias. Decia que ellos nos incitaban á cometer diversos pecados, segun que veian á nuestra alma propensa á diversos viciosos afectos; y que si se queria tener autoridad sobre ellos, ya sea para echarles de los cuerpos de los posesos, ya para vencerles cuando nos tientan, habia que empezar por domar en si mismo las pasiones y los vicios, y que facilmente se venceria á los demonios del vicio particular, de que se hubiese triunfado en si mismo ¹.

El abad José moró en la montaña de San Antonio, aun en vida del Santo. Mereció ser alabado á causa de su humildad; porque habiendo ido muchos antigüos al santo patriarca para conferenciar de cosas espirituales, y preguntándoles este Santo sobre algunos pasages de la Escritura, como cada uno dijera su sentido segun pensaba, cuando José fué preguntado sobre el sentido de uno de los suyos, respondió ingénuamente que no lo sabia, por lo cual dijo San Antonio: Solo el abad José ha encontrado la verdad confesando su ignorancia; queriendo con esto revelar su humildad y hacerla servir de ejemplo á los demás.

Rufino dice que tuvo la dicha de verle en Pispir y de recibir su bendicion con la del abad Pemen. Le cuenta entre los más célebres solitarios de su siglo que hacian prodigios dignos de los apóstoles por la sencillez de su vida y la pureza de su corazón.

¹ Rufino, que vivió desde el año 350 al año 410, fué él mismo fundador de un monasterio en Palestina.

La historia de los Padres de los desiertos habla de un abad José de Panefo á quien la semejanza del nombre podria hacer confundir con este. Bulteau cree que es diferente ; pero ya sea el mismo ó no, parece que este José de Panefo era un ilustre solitario y muy experimentado en el arte de dirigir las almas. Quería que sus discipulos obedeciesen ciegamente y prescribíales algunas veces cosas poco razonables para acostumbrarles á someter su voluntad contra las luces de su razon.

Ordenó, durante algunos dias consecutivos, á uno de sus discipulos, que subiese todas las mañanas á un gran sicomoro que habia en el jardin de su monasterio y que comiese su fruta. El viernes siguiente, en el que todos los solitarios ayunaban, este religioso no se atrevió á cumplir la órden de su padre espiritual, ya sea que creyese que él no habia atinado á que era un dia de ayuno, ya sea que no osara quebrantar la costumbre de los solitarios. Algun tiempo despues, preguntó al abad José porqué le habia dado un precepto tan extraordinario ; á lo cual respondió él : « Los antiguos no mandan siempre á los jóvenes cosas que parezcan á propósito, sino cosas que parecen poco razonables ; y cuando ellos se someten á las mismas ciegamente, les dan ordenes más discretas, viendo que han adquirido una verdadera sumision de espíritu. »

Dos solitarios fueron á él para suplicarle que les dijese si era mejor recibir con demostracion de alegria á los hermanos que venian á verles ó no demostrarles tal alegria. Todavía no habian desplegado los labios para proponerles dicha dificultad, cuando les previno y les esclareció con este apólogo. Les hizo sentar, el uno á la derecha y el otro á la izquierda, despues de lo cual entróse en su celda, cubrióse de andrajos y, así vestido, se puso en medio de ellos sin decir palabra. Despues se quitó los andrajos y tomó un vestido bueno, del que se servia en los dias de fiesta, y volvió

otra vez á ponerse en medio de ellos. Por último, tomó de nuevo el hábito de cada dia y sentóse asimismo como antes.

Estos buenos solitarios le miraban llenos de admiracion, no comprendiendo nada de lo que acababa de hacer. Entonces les dijo : « ¿ Habeis advertido lo que he hecho ? Si, respondieron. Pero, añadió José, ¿ habeis notado que mi cambio de vestido haya cambiado algo en mi ? ¿ Hé experimentado alguna perdida al ponerme unos andrajos ? ¿ He sido mejor tomando un hábito más nuevo ? No, sin duda. Por aqui, pues, debeis entender que las criaturas no deben cambiar nada en nuestro interior. Recibid con inocente alegria y con cristiana caridad á los hermanos que vengan á veros ; y si no vienen, conservaos en el recogimiento y en el espíritu de compuncion. » Estos solitarios, más admirados todavía de que hubiese prevenido su pregunta, dieron por ello gracias al Señor y volviéronse á sus celdas muy satisfechos de su respuesta.

Tambien se atribuye á él esta hermosa sentencia : Hay tres estados muy agradables á Dios : el primero es de un enfermo, combatido, por otra parte, de tentaciones, y que, sin embargo, no por esto deja de bendecir al Señor ; el segundo es cuando uno se porta en todas sus acciones con tanta pureza de intencion, que no se mezcla en ella nada de humano ; el tercero es el de un religioso que vive bajo la conducta de un padre espiritual y renuncia del todo á su propia voluntad.

Un solitario fué á consultarle sobre lo que debia hacer, porque, decia él, que no podia sufrir nada, que no podia trabajar y que no tenia con que hacer limosna. Él le respondió : « Si no podeis hacer nada de esto, velad al menos sobre vos mismo para no hacer jamás cosa que hiera la caridad que se debe al prójimo, y espero que Dios tendrá de vos misericordia. »

Así que, según ha podido verse por algunos de los hechos que hemos contado, los solitarios salían de tiempo en tiempo de su retiro para enseñar y predicar con el ejemplo. Libres de los cuidados mundanos, dice un historiador contemporáneo ¹, y de los de la familia, para no ocuparse sino de su alma, buscaban la perfección, consumiendo el cuerpo para aumentar las luces del espíritu. Los desiertos de la Tebaida estaban poblados de estos mártires voluntarios que se ejercitaban en obras de piedad y penitencia, estudiando la moral, pero sin mover discusiones ni despreciando á nadie. Se reunían para alimentarse de raíces y tejer esteras, ó para oír alguna lectura de los Libros sagrados, hecha por el decano, la cual servía de alimento á sus solitarias meditaciones. Sin pedir limosna, no la rehusaban. Algunos tenían un pequeño campo, con la idea de que el trabajo podía impedirles el ser cargosos á otro. Cada comunidad tenía su abad, y muchas comunidades dependían de un archimandrita.

Si los solitarios salían alguna vez de su retiro, la gente iba frecuentemente á buscarles. Los discípulos de San Antonio tuvieron que consentir, así como también el mismo patriarca, en recibir á no pocos visitantes. San Juan Crisóstomo decía á propósito de estas visitas: « Si un grande de la tierra va á verles, entonces es cuando se deja sentir más vivamente la nada de lo que el mundo ofrece de más magnífico. Allí veríais vosotros á un simple anacoreta, acostumbrado á cavar la tierra, ignorante de todas las cosas del siglo, sentado en un otero, al lado de un general hinchado con su poder y orgulloso por el mando de un numeroso ejército. Salen de la boca del solitario no viles aduaciones sino saludables consejos, sublimes discursos que serán de provecho al que los escucha, al menos, por todo el tiempo que durará esta santa aproximación. De allí

¹ Cesar Cantú, *Historia universal*, t. V.

saldrá con el alma levantada por los grandes pensamientos que habrá oído; pero ¡ ay! no tardará en volver á sujetarse al yugo de sus ideas mundanas. Para esos piadosos solitarios, el nombre de los grandes y el de los príncipes de la tierra, no son sino palabras vacías de sentido; se rien de su fausto y magnificencia, como nos reímos nosotros de aquellos niños que en sus juegos se titulan reyes.

DISCÍPULOS DE SAN ANTONIO¹.

Entre los discípulos ó imitadores de San Antonio, de los que se ha hablado en la Vida del Santo ó en otros historiadores de aquel tiempo, hay algunos, cuya vida no pertenece verdaderamente á los Padres de los desiertos, porque ellos no hicieron más que pasar por la soledad. A este número pertenece San Pafnucio, obispo, que fué grande como tal, pero de quien nada se sabe como solitario. Sin embargo daremos aquí algunos detalles de él, á fin de mostrar qué hombres se formaban en el desierto, hasta para las luchas públicas.

Pafnucio era egipcio. El deseo de consagrarse á Dios sin reserva le llevó al monasterio de Pispir, del cual fué sacado para ser obispo en el Bajo-Egipto. Apareció en su sede episcopal como una lámpara sacada de debajo del celemin para alumbrar á los pueblos.

La persecución de Galerio, Maximiano y de Máximo Daïa (305-311) hizo resplandecer el valor de Pafnucio. Él fué del número de aquellos santos confesores á quienes se con-

¹. Rufino, Paladio, *Vita patrum*, Socrates, Sozomeno, Teodoreto.